

Transgresiones de la sensibilidad

Sentado en el jardín

Transgresiones de la sensibilidad

Sin hacerse, jurar, preguntas que pudieran ser respondidas con una obviedad

Tal vez por eso no me sentó nunca incómodo — aunque sí defía Comala ni la herradura lo meció como — por saber quién había sido, nada más por poner un ejemplo, un tal don Heliodoro al que no era posible no acudir mentalmente al referente a la habitación de la enferma, grande, con balcones y muebles de madera maciza y oscura y cama con dosel, una herramienta de habitación, en suma, la mejor al pensar de la casa de aquel señor se decía que muy rico y de aquí lo extranjero que vivía al otro lado del parque y, como no se relacionaba con nadie y se sabía poco a poco de él, tenía un terreno maravillosamente abonado para — si quien le echaba el ojo era persona práctica con alma de agricultor — plantar especias que arraigaban sin sentir y contra la envidia, ya lo verías, de todos cuantos hasta la fecha no han sentido apuro para aventurar ni la más parte de las hipótesis, o un campo amplísimo, una extensa pradera en la que se podría — caso de que cayera en manos o en manos de algún zángano o vago o desocupado o holgazán — dar rienda suelta a la birchota de una imaginación multicolor y multiforme que se aferraría en el cielo azul gentil y alto, por poner otro ejemplo — como cosa excepcional, hay que decirlo, había cuenta de que los segundos ejemplos se solían reservar para ocasiones muy señaladas o casos de extrema necesidad —, quién la había cantado a ella con un tipo como papá.

Porque papá, tal vez por aquel lo de la complementariedad aunque por supuesto al buen tanto y sin querer porque la psicología era una de las tantas materias en que analizaban cosas, era otra cosa, entendimiento por caso "casal", propiamente y en toda la extensión de la palabra había cuenta de que papá era, entre nosotros, algo muy similar al paraguero o, con mayor exactitud y data o computación, al orozco buda de grano y sonrisa imperturbable que llevaba sentado en el jardín — éste sí recoleto y alimentado — sobre un pedestal de lo mismo con leyenda en relieve, que nunca le fue nadie porque aparte de estar en otro idioma no se veían las letras tan emocionadas por la lluvia y el viento, un par de siglos o tres.

— Porque la casa — siempre tenía que haber alguien que lo explicase pero, si la habitación no estaba o no quería una tarde entrar por lo que fuese, podía hacerlo cualquiera puesto que era algo que sabía todo el mundo — era antiguaísima y había pertenecido a otras gentes.

Papá, en cambio, siempre había sido nuestro — y esto, que también tenía inexcusablemente que haber alguien que lo explicase aunque no era forzoso que fuese el mismo alguien anterior, correspondía al compromiso implícito de apostillar con la familia, del entonces, quien decía que

en el que tantas tardes Ciriaquito (el “del Valle”), enteramente absorto y sin — tan meticuloso, obsesivo y tenaz como debería a aquellas alturas de su brillantísima carrera suponérsele — percatarse de que aquel era el lugar en que más desasosegado tendría que sentirse, se quedaba hasta prácticamente la hora de cenar echando cuentas y los toldos hasta que, tras cavilar un buen rato y haber logrado cuadrarlas o una penumbra casi perfecta, concluía que o muy bien pudiese estar partiendo de premisas erróneas en la práctica de sus experimentos o, peor todavía, equivocándose de medio a medio al desoyendo las voces de los que al otro

lado de la puerta cerrada de su laboratorio discutían si debería ser al cruzar una calle o en una bifurcación de caminos donde, aturullada la abuela — que ya no era la pobrecita ni su sombra y se la requería para comparecer de pascuas a ramos y en circunstancias no digamos dramáticas pero sí un poco especiales

—Pero qué quieres — alguna de las cuñadas de cualquiera de sus hijas — si en nada de tiempo perdió mucho; ya no era la misma que... Y mira que guardaban las servilletas de siempre como oro en paño, a ver si así... Pero ya aquella especie de conejo tan gracioso, ¿te acuerdas?, se parecía mucho más a un cangrejo.

La lengua de trapo le duró algo más pero sólo si le daba la gana y si acudía a tiempo; siempre con sus amigos y tonteando de acá para allá... que hasta un pirsin, “¡en el ombligo y todo; fíjate!, que se ha puesto ¿No es terrible?”.

—Como que — alguno de los maridos de cualquiera de las cuñadas — llega un momento en que no haces ya carrera de ellos.

e, incluso a veces, nada más por puro compromiso y porque no se sintiera postergada como se había vuelto tan susceptible —, se cruzara de brazos frente a un autobús o frunciere el ceño delante de una vaca e inquiriera «¿Qué es entonces lo que queréis que haga?».

Pero que la vida jamás se detiene y que ellos tienen que encontrar su propio camino aunque se equivoquen; y que qué

Transgresiones de la sensibilidad

Sentado en el jardín

se puede hacer más que estar a su lado y tratar de comprenderlos.

Y que si no se unificaban criterios «miedo me da, de verdad os lo digo, de terminar bajo las ruedas de un tractor o perdida en la sección de bricolaje de algún centro comercial»; y que cuantísimo mejor no estaría ella poniendo unas piezas a las sábanas o en su cocina, tan contenta, haciendo aquellas rosquillas de limón que *tanto le gustan a la Nines, que está siempre* «empecinarse en que sí, en que con mucha paciencia lograría dar con la esencia misma del porqué — e incluso con la del *para qué*, ya que se ponía — de la vida de seres tan despreciados como la cochinilla de humedad o el mosquito trompetero.